

Los bastidores del teatro de Triánón

Las circunstancias del viaje son indiferentes, Rousseau debió por necesidad andar el camino con un suizo, un veredero, un ricacho y un clérigo.

Llegó á eso de las cinco y media de la tarde á Triánón cuando ya se hallaba reunida la corte, y estaban preludiando mientras se presentaba el rey, pues del autor nadie se ocupaba.

Ciertas personas sabían que Rousseau, el ginebrino, iría á dirigir el ensayo; pero el mismo interés causaba la vista de Rousseau, que la de Rameau, la de Marmontel ó la de cualquier otro de aquellos animales curiosos que los cortesanos pagaban por ver en sus salones ó en la casucha de ellos.

Rousseau fué recibido por el oficial que estaba de servicio, al cual había encargado el señor de Coigny que le avisara así que llegase el ginebrino.

El gentilhombre acudió con su acostumbrada urbanidad y recibió á Rousseau con la más amable solicitud; pero apenas fijó en él la vista quedó admirado, y no pudo menos de volver á examinarlo.

Rousseau estaba cubierto de polvo, ajado y pálido, y con su palidez resaltaba más una barba de ermitaño, cual ningún maestro de ceremonias había visto jamás reflejarse en los espejos de Versalles.

Rousseau se quedó muy embarazado con la mirada

del señor de Coigny, y aun se quedó mucho más, cuando, al acercarse al teatro, vió la profusión de magníficos trajes con ricos encajes, diamantes y cordones azules que, sobre los dorados del teatro, hacían el efecto de un ramillete de flores en un inmenso canastillo.

También se sintió muy mortificado Rousseau al respirar aquella atmósfera de ámbar, cuyo delicado olor embriagaba los sentidos de un plebeyo.

Sin embargo era preciso avanzar y tener audacia, porque muchos de los circunstantes habían fijado la vista en el que formaba como una mancha en aquella brillante reunión.

El señor de Coigny iba delante, y le acompañó hasta la orquesta, donde le estaban ya esperando los músicos.

Allí respiró un tanto, y mientras se ejecutaba su música, pensó seriamente que estaba en lo más fuerte del peligro, que ya no había remedio, y que todos los raciocinios del mundo no podían evitarlo.

La señora Delfina estaba ya en el escenario con su traje de Colasa, esperando á su Colás.

El señor de Coigny se hallaba en su cuarto mudándose de traje.

De pronto se vió entrar al rey en medio de un círculo de cabezas profundamente inclinadas.

Luis XV se sonreía, y al parecer iba de muy buen humor.

El Delfín se sentó á su derecha, y el conde de Provenza fué á sentarse á la izquierda.

Las cincuenta personas de que se componía la reunión, reunión íntima si las hay, se sentaron á un ademán que hizo el rey.

— Y bien, ¿no se da principio? dijo Luis XV.

— Señor, contestó la Delfina, no están vestidos todavía los pastores y pastoras, y estamos esperándolos.

— Lo mismo da que sea con el traje común, dijo el rey.

— No, señor, replicó la Delfina desde el escenario, porque queremos ensayar con los trajes que hemos de sacar en la ópera para ver el efecto que causan con las luces.

— Es muy justo, señora, dijo el rey; paseémonos entonces.

Y Luis XV se levantó para dar una vuelta por el corredor y el escenario, pero bastante inquieto al ver que no llegaba la Dubarry.

Cuando el rey dejó su palco, Rousseau consideró melancólicamente y palpitándole el corazón con violencia aquella sala vacía y su propio aislamiento.

Efectivamente, formaba un contraste muy singular con la acogida que había temido tanto, pues se había figurado que al verle todos los grupos se abrirían para dejarle paso, que la curiosidad de algunos cortesanos sería más importuna y significativa que la de los parisienses; que le harían mil preguntas, que tendría que andar presentándose á este y al otro; y en vez de realizarse lo que tanto temiera, veía que nadie hacía alto en él.

Entonces pensó que su barba no era aun bastante larga, que tampoco hubieran fijado más la atención en él vestido de harapos que la fijaban en su vestido raído, y se alegró mucho de no haber tenido la ridícula pretensión de presentarse vestido con elegancia.

Pero en el fondo de todo eso se sintió bastante humillado de verse reducido, á lo sumo, á las proporciones de un director de orquesta.

De súbito, acercóse á él un oficial y le preguntó si no era el señor Rousseau.

— Sí, señor, contestó.

— La señora Delfina desea hablaros, dijo el oficial.

Rousseau se levantó muy conmovido.
La Delfina lo estaba aguardando, teniendo en la mano la *Arieta de Colasa* :

Perdí mi dicha toda.

Así que vió á Rousseau corrió á él, y el filósofo la saludó con mucha humildad, diciendo para sí que saludaba á una mujer y no á una princesa.

La Delfina, por su parte, estuvo con el filósofo huraño tan amable como pudiera estarlo con el más cumplido caballero de Europa, y le pidió su dictamen acerca de la expresión que debía dar al tercer verso :

Colás me olvida ya.....

Rousseau desenvolvió una teoría de declamación y melopeya que fué interrumpida, á pesar de su sabiduría, por la ruidosa llegada del rey y algunos cortesanos.

Luis XV entró en el salón en donde la señora Delfina estaba tomando de aquel modo la lección del filósofo.

El primer impulso, el primer sentimiento del rey al ver aquel personaje tan mal vestido, fué exactamente idéntico al que había experimentado el señor de Coigny, con la sola diferencia que este último conocía á Rousseau y Luis XV no lo conocía.

Miró, pues, largo rato á nuestro hombre libre, al mismo tiempo que recibía los cumplimientos y las gracias de la Delfina.

Aquella mirada llena de regia autoridad, aquella mirada que no estaba acostumbrada á bajarse ante ninguna otra, causó en Rousseau un efecto indecible; en Rousseau, cuyos ojos eran vivos, pero indecisos y tímidos.

La Delfina aguardó á que el rey hubiese concluido su examen, y entonces se puso al lado de Rousseau diciendo :

— ¿ Me permite V. M. que le presente nuestro autor ?

— ¿ Vuestro autor ? dijo el rey haciendo como que recapacitaba.

Durante este diálogo, Rousseau estaba en brasas, pues el rey recorrió con la vista y quemó como el sol debajo del lente aquella barba larga, aquella pechera no muy limpia, aquel polvo y aquella peluca mal peinada del escritor más grande de su reino.

La Delfina se compadeció de este último, y dijo :

— Señor, J. J. Rousseau, autor de la linda ópera que vamos á estropear delante de V. M.

El rey alzó entonces la cabeza, y dijo con frialdad :

— ¿ Ah ! saludo al señor Rousseau.

Y siguió mirándolo como para probarle lo mal vestido que iba.

Rousseau se preguntó á sí mismo cómo se saludaba al rey de Francia sin ser un cortesano, pero también sin pasar por impolítico, puesto que al fin estaba en casa de aquel príncipe.

Empero, mientras que raciocinaba de este modo, el rey le hablaba con esa facilidad propia de los príncipes, que todo lo han dicho cuando dicen una cosa agradable ó desagradable para su interlocutor.

Rousseau se quedó petrificado, sin pronunciar una palabra, y todas las frases que se había propuesto dirigir al tirano se le olvidaron.

— Señor Rousseau, le dijo el rey, sin dejar de mirar el traje y la peluca, habéis compuesto una música encantadora, y que me hace pasar ratos muy agradables.

Y el rey se puso á cantar con la voz más antipática á todo diapason y melodía que se ha visto :

Si á galanes más apuestos,
Los hubiese yo escuchado,
¿ Cuán fácil me hubiera sido
El haberlos cautivado !

— Esto es muy bonito, dijo el rey así que acabó.

Rousseau hizo un saludo.

— No sé si cantaré bien, dijo la Delfina.

Rousseau se volvió hacia la princesa para darle un consejo acerca de esto, pero el rey se había lanzado de nuevo entonando la romanza de Colás :

En mi cabaña oscura,
Do me abruman las penas,
El viento, sol y frio
Desapiadados entran.

M. cantaba atrozmente para un músico, y Rousseau, medio lisonjeado con la memoria del monarca, y medio ofendido de su detestable ejecución, hacía los gestos que hace un mono cuando está royendo una cebolla, que por un lado llora y por otro se ríe.

La Delfina se mantenía seria, con esa imperturbable sangre fría que sólo se encuentra en la corte.

El rey, sin apurarse por nada, continuó :

Colasa, mi pastora,
Ven á vivir en ella,
Y tu amante Colás
La hallará grata y bella.

Rousseau sintió arder su cara, cuando el rey le dijo :

— ¿ Es cierto, señor Rousseau, que os vestis algunas veces de armenio ?

Al filósofo se le trabó la lengua de tal modo, que

ni por un reino hubiera podido hablar en aquel momento.

El rey se puso á cantar de nuevo sin esperar á que le contestase :

El ciego amor no sabe,
Aunque haya quien le alabe,
Á do sus flechas van.

— Según parece, vivís en la calle Platriere, ¿ no es verdad, señor Rousseau ? dijo el rey.

Rousseau hizo con la cabeza una señal afirmativa ; pero aquella era la *última thule* de sus fuerzas, no habiendo necesitado nunca llamar otras tantas en su auxilio.

El rey tarareó :

Es un niño.....
Es un niño.....

— Dicen que estáis muy mal con Voltaire, señor Rousseau.

Al oír esto, Rousseau perdió la poca serenidad que le quedaba. El rey, sin compadecerse mucho de él y prosiguiendo en su feroz melomanía, se alejó cantando :

Á bailar bajo los olmos,
Corramos, lindas muchachas,

con acompañamientos de orquesta capaces de matar á Apolo, como éste había matado á Marsyas.

Rousseau se quedó solo en medio del salón, pues la Delfina le había dejado para dar la última mano á su tocado.

Dando traspies y á tientas, Rousseau llegó al pasa-

dizo, pero á lo mejor tropezó con una pareja cuajada de diamantes, flores y encajes, que llenaba el pasadizo á pesar de que el joven apretaba con mucha ternura el brazo de su compañera.

Esta última, con sus magníficas blondas y su tocado gigantesco, con su abanico y sus perfumes, estaba brillante como un astro, y acababa de tropezar con Rousseau.

Su joven compañero, delgado, fino y elegante con su cordón azul sobre su rica pechera de Inglaterra, se reía á carcajadas con extremada franqueza, y las interrumpía de pronto con reticencias ó cuchicheos que hacían reír á su vez á la dama, pareciendo ambos en la más cordial armonía.

Rousseau reconoció á la condesa Dubarry en aquella hermosa dama, en aquella seductora criatura, y así que la reconoció, siguiendo su costumbre de absorberse en una sola contemplación, no vió á su compañero.

El joven del cordón azul no era otro que el señor conde de Artois, que jugueteaba loco de alegría con la querida de su abuelo.

Madama Dubarry, al ver la negra figura de Rousseau, exclamó :

— ¡ Ah ! ¡ Dios mío !

— ¿ Qué es eso ? dijo el conde de Artois mirando al filósofo ; y ya extendía la mano para hacer paso á su compañera cuando ésta exclamó :

— ¡ El señor Rousseau !

— ¿ El de Ginebra ? preguntó el conde de Artois con un tono de un estudiante en vacaciones.

— Sí, monseñor, repuso la condesa.

— ¡ Ah ! buenas noches, señor Rousseau ! dijo el despabilado mozo al ver que Rousseau acababa de tomar una resolución desesperada como para forzar

el paso; buenas noches... vamos á oír vuestra música.

— Monseñor, tartamudeó Rousseau viendo el cordón azul.

— ¡ Ah! es una música muy bonita, dijo la condesa, y muy bien adecuada al talento y al corazón de su autor.

Rousseau levantó la cabeza, y su mirada fué á abrazarse en los ardientes ojos de la condesa.

— Señora, dijo con tono de mal humor.

— Yo haré el papel de Colás, señora, exclamó el conde de Artois, y vos el de Colasa.

— Con mucho gusto, monseñor; pero como no soy artista, nunca me atreveré á profanar la música del maestro.

De buena gana hubiera dado Rousseau su vida por atreverse á volver á mirar; pues la voz, el tono, la lisonja, la hermosura fueron para su corazón otros tantos anzuelos.

Quiso huir pues, pero el príncipe le cerró el paso diciéndole:

— Señor Rousseau, quisiera que me enseñaseis el papel de Colás.

— Lo que es yo no me atrevería á pedir al señor que me diese consejos acerca del de Colasa, dijo la condesa fingiendo timidez, de suerte que acabó de anonadar al filósofo.

Los ojos de éste, sin embargo, preguntaron porqué.

— El señor me aborrece, dijo la condesa al príncipe con su encantadora voz.

— ¡ No lo creo! exclamó el conde de Artois; ¿ quién puede aborreceros á vos, señora?

— Ya lo estáis viendo, dijo.

— El señor Rousseau es demasiado galante y hace cosas muy lindas para que vaya á huir de una mujer tan hermosa, dijo el conde de Artois.

Rousseau lanzó un suspiro, como si estuviese para exhalar el alma, y se escabulló por la estrecha abertura que el conde de Artois dejó con harta imprudencia entre él y la pared.

Pero estaba escrito que Rousseau no había de tener aquella noche ni un minuto de dicha, pues no había dado cuatro pasos cuando fué á tropezar con otro grupo.

Este grupo se componía de dos hombres, viejo el uno, y el otro joven. Éste llevaba el cordón azul; aquél, que parecía tener cincuenta y cinco años, estaba vestido de encarnado, y pálido á fuerza de austeridad.

Ambos oyeron al alegre conde de Artois reír á carcajadas y gritar:

— ¡ Ah! señor Rousseau, señor Rousseau, voy á decir que la condesa os ha hecho huir; y en verdad que nadie lo querrá creer.

— ¡ Rousseau! murmuraron aquellos dos hombres.

— Detenedle, hermano, dijo el príncipe sin dejar de reír; detenedle, señor de La Vauguyón.

Etonces conoció Rousseau contra qué escollo le hacía fracasar su mala estrella.

— El conde de Provenza y el ayo de los príncipes.

El conde de Provenza cerró, pues, el paso á Rousseau.

— Buenas noches, amigo, le dijo con pedantesco tono.

Rousseau, fuera de sí, se inclinó murmurando:

— De esta no escapo.

— ¡ Ah! me alegro infinito de encontraros, amigo, dijo el ayo con el tono de un maestro que acaba de hallar á un discípulo que ha cometido una falta.

— ¡ Más cumplimientos absurdos! pensó Rousseau. ¡ Qué pesados son estos grandes!

— Amigo, he leído vuestra traducción de Tácito.

— ¡ Ay! ya caigo, dijo para sí Rousseau, éste es un erudito, un pedante.

— ¿ Sabéis que es muy difícil traducir á Tácito ?

— Eso mismo he dicho yo en un pequeño prefacio, monseñor.

— Sí, lo sé perfectamente; decís en él que sólo sabéis medianamente el latín.

— Monseñor, he dicho la verdad.

— Entonces, señor Rousseau, ¿ por qué habéis traducido á Tácito ?

— Monseñor, por ejercitarme en el estilo.

— ¡ Ah! habéis hecho mal, señor Rousseau, en traducir *imperatoria brevitare* en *discurso breve y conciso*.

Rousseau, inquieto, trató de recordar la traducción de estas palabras.

— Sí, añadió el príncipe con el aplomo de viejo erudito que corrige una falta en Saumaise; sí, lo habéis traducido así. Esas palabras están en el párrafo en que Tácito cuenta que Pison arengó á sus soldados.

— ¿ Y qué, monseñor ?

— ¿ Y qué, señor Rousseau ? que *imperatoria brevitare* significa *con la concisión propia de un general*, ó de un hombre acostumbrado á mandar. La concisión del que manda... esta es la expresión; ¿ no es verdad, señor de La Vauguyón ?

— Sí, monseñor, respondió el ayo.

Rousseau no contestó, y el príncipe añadió :

— Eso es un contrasentido, señor Rousseau... ¡ Oh! ya os cogeré en algún otro....

Rousseau se puso pálido.

— Sí, señor Rousseau, en el párrafo relativo á Cecina. Empieza así : *At in superiore Germania...* ya os acordaréis, al hacer el retrato de Cecina; y Tácito dice : *cito sermone*.

— Me acuerdo perfectamente, monseñor.

— Esto lo habéis traducido *hablando bien*.

— Es verdad, monseñor, y yo creía....

— *Cito sermone* quiere decir el que *habla pronto*, es decir, con facilidad.

— ¿ Y yo he dicho *hablando bien* ?

— Para eso debió poner Tácito *decoro* ú *ornato elegantí sermone*, porque *cito* es un epíteto pintoresco, señor Rousseau. Lo mismo que en la pintura del cambio de conducta de Othón. Tácito dice :

Delata voluptate, dissimulata luxuria, cunctaque ad imperii decorem composita.

— Que yo he traducido : *dejando para otros tiempos el lujo y la molición, sorprendió á todo el mundo dedicándose á restablecer la gloria del imperio.*

— Y lo habéis traducido mal, señor Rousseau; primeramente, de tres pequeñas frases habéis hecho una sola, lo cual os ha obligado á traducir mal *dissimulata luxuria*... luego, habéis hecho un contrasentido en el último miembro de la frase, pues Tácito no ha querido decir que el emperador Othón se dedicase á restablecer la gloria del imperio; ha querido decir que, no satisfaciendo ya sus pasiones y dejando sus hábitos de lujo, Othón lo acomodaba todo, lo aplicaba todo, hacia que redundase todo... todo, ya entendéis, señor Rousseau, es decir sus pasiones y hasta sus vicios, en gloria del imperio. Ese es el sentido; es complejo; pero el vuestro es demasiado restringido; ¿ no es verdad, señor de La Vauguyón ?

— Sí, monseñor.

Rousseau sudaba y soplabá bajo aquella desapiadada presión.

El príncipe le dejó respirar un momento, y después le dijo :

— En la filosofía sois mucho más superior.

Rousseau se inclinó.

— Sólo que vuestro *Emilio* es un león peligroso.

— ¿Peligroso, monseñor?

— Sí, por las muchas ideas falsas en que imbuirá á los hijos de la clase media.

— Monseñor, desde el momento en que un hombre llega á ser padre entra en las condiciones de mi libro, sea el más alto ó el último del reino; porque el ser padre es....

— Decidme, señor Rousseau, preguntó de pronto el mal intencionado príncipe, ¿no es verdad que es un libro muy divertido ese de las *Confesiones*?... Pero vamos, ¿cuántos hijos tenéis?

Rousseau se puso pálido, y levantó la vista para mirar á su joven verdugo con ojos de cólera y asombro, lo cual aumentó el maligno humor del conde de Provenza.

Sin embargo, no pasó más allá, y sin esperar la respuesta, se alejó el príncipe asido al brazo de su maestro, y prosiguiendo sus comentarios acerca de las obras del hombre á quien acababa de atormentar con tanta ferocidad.

Rousseau, que se había quedado solo, salió poco á poco de su aturdimiento al oír los primeros compases de su apertura, que empezaba á tocar la orquesta.

Entonces se dirigió hacia aquel lado tambaleándose, y cuando llegó á su silla, se dijo:

— ¡Loco, estúpido, cobarde de mí, que hasta ahora no he dado con lo que debí contestar á ese cruel pedantuelo! « Monseñor, debí decirle, es muy poco caritativo en un joven el atormentar á un pobre viejo. »

Aquí llegaba, sumamente contento con su frase, cuando la señora Delfina y el señor de Coigny empezaron su dueto, teniendo Rousseau que abandonar sus preocupaciones de filósofo para sentir como músico,

porque ya había sufrido el corazón, y entonces le tocaba al oído.

Una vez principiado el ensayo y excitada la atención por la música, Rousseau dejó de ser notado. De consiguiente, él fué quien pudo observar en torno suyo. Oyó á los señores vestidos de aldeanos dar notas falsas, y vió damas coqueteando como pastoras, con trajes de corte.

La señora Delfina cantaba con afinación, pero era mala actriz, y además tenía tan poca voz que apenas se la oía. El rey, para no intimidar á nadie, se había refugiado en un palco oscuro en donde conversaba con las damas.

El Delfin apuntaba las palabras de la ópera, que marchaba soberanamente mal.

Rousseau tomó el partido de no escuchar más, pero le era difícil no oír. Sin embargo le quedaba un consuelo, porque acababa de percibir una deliciosa figura entre la ilustre comparsa, y la aldeana á quien el cielo había dotado de aquella hermosa figura, cantaba con una voz tan magnífica que eclipsaba á todas las demás.

Rousseau se concentró pues, y se absorbió, por encima de su pupitre, en la contemplación de aquella encantadora comparsa, abriendo tamaños oídos á fin de aspirar toda la melodía de su voz.

La Delfina, viendo al autor tan atento, se persuadió fácilmente, gracias á su sonrisa y á sus lánguidos ojos, que estaba satisfecho de la ejecución de los mejores trozos, y como al fin era mujer, se inclinó hacia el pupitre para recibir un cumplimento, diciendo:

— ¿Está mal cantado así, señor Rousseau?

Rousseau, con la boca abierta y absorto, no respondió.

— Vamos, nos hemos engañado, dijo la Delfina, y

el señor Rousseau no se atreve á decirlo. Os ruego que habléis con franqueza, señor Rousseau.

Las miradas de Rousseau no se apartaban de aquella hermosa comparsa, que estaba lejos de notar que llamaba su atención.

— ¡ Ah ! exclamó la Delfina siguiendo la dirección de la vista de nuestro filósofo ; es la señorita de Taverny la que ha desafinado !...

Andrea se ruborizó, pues vió que todas las miradas se fijaban en ella.

— ¡ No, no ! exclamó Rousseau, no es la señorita, porque canta como un ángel.

Madama Dubarry arrojó al filósofo una mirada más aguda que un dardo.

En cambio el barón de Taverny sintió inundado de alegría su corazón, y dirigió á Rousseau una encantadora sonrisa.

— ¡ Creéis que esa joven canta bien ? preguntó la Dubarry al rey, á quien las palabras de Rousseau habían causado una impresión visible para todos.

— No lo entiendo, dijo Luis XV, para eso se necesita ser músico.

Entretanto Rousseau se agitaba en su orquesta para hacer que cantasen el coro :

Colás vuelve á su pastora,
Celebremos tal fortuna.

Al volverse después de un ensayo, vió al señor de Jussieu que le saludaba con amabilidad, siendo un gran placer para el ginebrino que le viera regentando la corte un cortesano que había ajado no poco su amor propio con su superioridad.

Le devolvió, pues, ceremoniosamente su saludo y se puso á mirar á Andrea, á quien el elogio había embellecido más y más.

El ensayo continuó, y la Dubarry se puso de un humor atroz al ver que el rey Luis XV, distraído con la función, no hacía caso de las flores que por dos veces le dirigiera.

La función, para la celosa, era Andrea, pero esto no impidió que la Delfina recogiese buena cosecha de enhorabuenas y se mostrase muy contenta.

El duque de Richelieu giraba como una mariposa en derredor de ella con la ligereza propia de un joven, y había logrado formar en el fondo del teatro un círculo de personas alegres, cuyo centro era la Delfina, y que inquietaba furiosamente al partido de la Dubarry.

— Parece, dijo en voz alta, que la señorita de Taverny tiene una bonita voz.

— Lindísima, dijo la Delfina ; y á no ser por mi egoísmo, ella haría el papel de Colasa ; pero como he escogido este papel con el deseo de divertirme, no se lo dejo á nadie.

— ¡ Ah ! dijo Richelieu, la señorita de Taverny no lo cantaría mejor que V. A. R., y...

— Esa señorita es una excelente cantante, dijo Rousseau con entusiasmo.

— Sí, excelente, dijo la Delfina ; y si he confesar la verdad, ella es la que me enseña mi papel ; y luego baila á las mil maravillas, al paso que yo bailo muy mal.

Figúrense nuestros lectores qué efecto no causarían estas conversaciones en el rey, la Dubarry, y sobre todo en aquel pueblo de curiosos, noveleros, intrigantes y envidiosos, cada uno de los cuales recibía un placer si hacía una herida, ó recibía el golpe con tanto bochorno como dolor. Allí no había indiferentes, á excepción quizá de Andrea.

La Delfina, aguijoneada por Richelieu, acabó por hacer que Andrea cantase la romanza :

Perdi mi servidor,
Colás me olvida ya

Se vió al rey seguir la cadencia con la cabeza y haciendo movimientos tan vivos de placer, que todo el colorete de la Dubarry se iba cayendo en pequeñas escamas, como cae la pintura con la humedad.

Richelieu, más maligno que una mujer, saboreó su venganza al lado del barón de Taverney, formando entre los dos viejos un grupo de dos estatuas á que podría darse el nombre de la Hipocresía y de la Corrupción tramando un proyecto de unión.

Su alegría fué creciendo á medida que la Dubarry arrugaba más y más el entrecejo, hasta que se colmó la melida, levantándose con una especie de cólera, en lo cual faltaba á todas las reglas de la etiqueta, puesto que aun permanecía sentado el rey.

Los cortesanos sintieron la tormenta como las lormigas, y se apresuraron á buscar un abrigo al lado de los más fuertes; de modo que la Delfina se vió más rodeada de sus amigos, y madama Dubarry más acariciada de los suyos.

Poco á poco se fué desviando de su línea natural el interés del ensayo y se fijó en otro orden de ideas. Ya no se trataba de Colasa y de Colás; y muchos de los espectadores creían que quizá madama Dubarry tendría que cantar muy pronto:

Perdi mi servidor,
Colás me olvida ya.

— ¡ No ves el brillante triunfo que ha alcanzado tu hija ? dijo Richelieu en voz baja á Taverney.

Y se lo llevó al pasadizo empujando una puerta vidriera, con cuyo movimiento hizo caer á un curioso

que se había colgado de la balaustrada para ver el teatro.

— ¡ Maldito tuno ! refunfuñó el señor de Richelieu sacudiendo su manga que se le había ensuciado con el golpe de la puerta, y viendo que aquel curioso estaba vestido como los trabajadores de palacio.

Efectivamente, era uno de ellos que, con un canastillo de flores debajo del brazo, había logrado encaramarse detrás de la puerta vidriera y presenciar desde allí toda la función.

Rechazado hacia el corredor, estuvo á punto de caer de espaldas, pero aunque no cayó él, cayó el canastillo que tenía en la mano.

— ¡ Calla ! ¡ yo conozco á este tunante ! dijo Taverney mirándole enfadado.

— ¿ Quién es ? preguntó el duque.

— ¿ Qué haces aquí, tunantuelo ? dijo Taverney.

Gilberto, pues era él, como habrá conocido ya el lector, replicó con orgullo:

— Lo que veis, estoy mirando.

— En vez de ocuparte en tu faena, dijo Richelieu.

— Ya la he acabado, dijo Gilberto al duque en tono humilde, sin dignarse siquiera mirar á Taverney.

— Es mucho que en todas partes he de encontrar á este holgazán, dijo el barón.

— ¡ Poco á poco, caballero ! interrumpió una voz dulcemente; mi Gilberto es un buen trabajador y un botánico muy aplicado.

Taverney se volvió y vió al señor de Jussieu que acariciaba la cara á Gilberto, lo cual le puso furioso, diciendo al tiempo de alejarse:

— ¡ Los criados aquí !

— ¡ Silencio ! le dijo Richelieu, que también está ahí Nicole; mira hacia el rincón de aquella puerta... Desde allí no pierde la picara ni una ojeada.

Efectivamente, Nicole estaba detrás de otras veinte criadas de Trianón, levantando por cima de ellas su linda cabeza, y parecía que sus ojos, dilatados por la sorpresa y la admiración, todo lo querían devorar.

Gilberto la divisó y echó por otro lado.

— Ven, ven, dijo el duque á Taverney; se me figura que el rey quiere hablarte.

Y los dos amigos se alejaron en dirección al palco regio.

La Dubarry, de pie, miraba al señor de Aiguillon, que también estaba de pie, y éste no perdía de vista ningún movimiento de su tío.

Rousseau, que se había quedado solo, admiraba á Andréa, estando ocupado, si se nos permite que usemos de esta expresión, en enamorarse de ella.

Los ilustres actores iban á desnudarse en sus cuartos, donde Gilberto había renovado las flores.

Taverney permanecía en el pasillo, pues el señor de Richelieu había ido en busca del rey, y unas veces sentía helársele y otras abrasársele el corazón, hasta que al fin volvió el duque y se llevó un dedo á los labios.

Taverney se puso pálido de gozo y salió á recibir á su amigo, quien le condujo al palco del rey.

Allí oyeron lo que pocas personas podían oír.

La Dubarry dijo al rey:

— ¿Espero esta noche á V. M. á la hora de cenar?

Y el rey respondió:

— Dispensadme, condesa, pues estoy cansado.

En aquel momento llegó el Delfín, casi pisando á la condesa sin manifestar que la veía.

— Señor, dijo, ¿nos hará V. M. el honor de cenar en Trianón?

— No puedo, hijo mío; estoy cansado, como acabo

de decir á la condesa, y me aturdiríais... Quiero cenar solo.

El Delfín se inclinó y se marchó. Madama Dubarry hizo un reverente saludo y se retiró trémula de cólera.

Entonces hizo el rey una seña á Richelieu.

— Duque, le dijo, tengo que hablaros de cierto asunto que os concierne.

— Señor.....

— No he estado contento... Quiero que me expliquéis... Mirad... ceno solo, y podéis hacerme compañía.

Y al decir esto miraba á Taverney.

— ¿Creo que conocéis á este caballero, duque?

— Sí, señor; es el señor de Taverney.

— ¡Ah! el padre de la hechicera cantarina.

— Sí, señor.

— Escuchadme, duque.

El rey se inclinó al oído de Richelieu para hablarle.

Taverney se clavó las uñas en la carne para no dar ninguna señal de emoción.

Un momento después pasó Richelieu por delante de Taverney y le dijo:

— Sígueme sin afectación.

— ¿Á dónde? preguntó Taverney.

— Sigue tras de mí.

El duque se alejó, y Taverney le siguió á una distancia de veinte pasos á los aposentos del rey.

El duque entró en la cámara real, y Taverney se quedó en la antecámara.